







AVISOS

MARTILLO DE Genato y Compañía. El márt 27 del actual, á las siete y media de la noche, si el tiempo lo permite, vendremos en almohada sin reserva en los altos de nuestro taller...

MARTILLO DE José Gutierrez. 84-Paisaje de Norzagaray-24. Binarondo. Debidamente autorizado por el p. n. de quien correspondía, vendiéndose en almohada sin reserva...

MARTILLO DE Federico Calero. 17-Escolta-17. Debidamente autorizado por el Juzgado del distrito de intramuros...

MARTILLO DE Federico Calero. 17-Escolta-17. Debidamente autorizado por el Juzgado del distrito de intramuros...

MARTILLO DE Federico Calero. 17-Escolta-17. Debidamente autorizado por el Juzgado del distrito de intramuros...

MARTILLO DE Federico Calero. 17-Escolta-17. Debidamente autorizado por el Juzgado del distrito de intramuros...

MARTILLO DE Federico Calero. 17-Escolta-17. Debidamente autorizado por el Juzgado del distrito de intramuros...

MARTILLO DE Federico Calero. 17-Escolta-17. Debidamente autorizado por el Juzgado del distrito de intramuros...

MARTILLO DE Federico Calero. 17-Escolta-17. Debidamente autorizado por el Juzgado del distrito de intramuros...

MARTILLO DE Federico Calero. 17-Escolta-17. Debidamente autorizado por el Juzgado del distrito de intramuros...

LA RIFA

de un servicio de 24 cubiertas de plata y varias alhajas, que tenía que celebrarse con el sorteo de Julio, se ha trasladado para el mes de Octubre.

Cada billete consta de 80 números. Vale \$ 2 \$ Se venden en los Almacenes "La Barcelonesa," "Los Catalanes," "Sastre-ria de Gibert," "Las Novedades," "Gran Britaña," "Ricart Soler," "Bota de Oro," "Flor de Cat-luña," y en Iololo Jo é Figueras.

Los hermanos Mariano Joaquín Claros y Leocadio del mismo apellido, ambos de la provincia de Zamboanga, se han fugado de esta fecha de la ca a núm. 1 de la calle de Villalobos, Quiapo, llevándose algunos alhajas...

CON SUPERIOR PERMISO, Gran gimnasio higiénico ortopédico y acrobático y Salon de esgrima DE AZAS. Calle San Jacinto n.º 74. altos.

TALLER DE DIBUJO para bordado y otros objetos. Se admiten toda clase de encargos concernientes a este ramo, como son marcos é iniciales para pañuelos, manteles, fundas, etc...

FINCAS. La casa n.º 43 de la cañada de San Sebastián con sus arrendamientos...

SIBUL. Se alquila la mejor casa que hay en dicho sitio bñario, teniendo 15 muebles más indispensables...

Se venden dos casas de nipa, en San Marcelino, el portero de la Tabacalera, duran trazo.

COMPRAS Y VENTAS Por ausentarse su dueño se venden baratísimos, una casa, un carrozeta y un cesto con cosas de media sola é enganchados. Crespo 25 Quiapo.

Cal de piedra. Cacinada en los lornos continuos de Mandalayan sin contacto con el combustible y por lo tanto sin meza alguna ceniza. Está además bien ornada.

La Castellana. Acaba despachar de la Aduana. Bacalao blanco y grueso sin espinas ni pellejo, lo mejor en plaza.

EL ARNES. FABRICA DE MONTURAS Y GUARNICIONES de C. Jimeno. Ni es posible la competencia ni la falsificación.

CON VERLO BASTA. 17-Carriedo-17. Se compran los sellos de correos de Filipinas inutilizados, en la Agencia editorial plaza de Quiapo.

LA PIDAS casi al precio de Europa, al alcance de los más pobres. En la marmolería, an Gerónimo, 1, (Quiapo).

Se desea vender ó dar en arriendo una partida de tierras ó corrales del río grande de Nueva Bija. Para pormenores en la Administración de La Ocenaria España.

Un libro precioso. Breves meditaciones sobre los misterios del Santísimo Rosario, escritas en francés por el P. Monsabré, y puestas en castellano por el R. P. Fr. Jenaro Buitrago.

LA RIFA

de un servicio de 24 cubiertas de plata y varias alhajas, que tenía que celebrarse con el sorteo de Julio, se ha trasladado para el mes de Octubre.

Cada billete consta de 80 números. Vale \$ 2 \$ Se venden en los Almacenes "La Barcelonesa," "Los Catalanes," "Sastre-ria de Gibert," "Las Novedades," "Gran Britaña," "Ricart Soler," "Bota de Oro," "Flor de Cat-luña," y en Iololo Jo é Figueras.

Los hermanos Mariano Joaquín Claros y Leocadio del mismo apellido, ambos de la provincia de Zamboanga, se han fugado de esta fecha de la ca a núm. 1 de la calle de Villalobos, Quiapo, llevándose algunos alhajas...

CON SUPERIOR PERMISO, Gran gimnasio higiénico ortopédico y acrobático y Salon de esgrima DE AZAS. Calle San Jacinto n.º 74. altos.

TALLER DE DIBUJO para bordado y otros objetos. Se admiten toda clase de encargos concernientes a este ramo, como son marcos é iniciales para pañuelos, manteles, fundas, etc...

FINCAS. La casa n.º 43 de la cañada de San Sebastián con sus arrendamientos...

SIBUL. Se alquila la mejor casa que hay en dicho sitio bñario, teniendo 15 muebles más indispensables...

Se venden dos casas de nipa, en San Marcelino, el portero de la Tabacalera, duran trazo.

COMPRAS Y VENTAS Por ausentarse su dueño se venden baratísimos, una casa, un carrozeta y un cesto con cosas de media sola é enganchados. Crespo 25 Quiapo.

Cal de piedra. Cacinada en los lornos continuos de Mandalayan sin contacto con el combustible y por lo tanto sin meza alguna ceniza. Está además bien ornada.

La Castellana. Acaba despachar de la Aduana. Bacalao blanco y grueso sin espinas ni pellejo, lo mejor en plaza.

EL ARNES. FABRICA DE MONTURAS Y GUARNICIONES de C. Jimeno. Ni es posible la competencia ni la falsificación.

CON VERLO BASTA. 17-Carriedo-17. Se compran los sellos de correos de Filipinas inutilizados, en la Agencia editorial plaza de Quiapo.

LA PIDAS casi al precio de Europa, al alcance de los más pobres. En la marmolería, an Gerónimo, 1, (Quiapo).

Se desea vender ó dar en arriendo una partida de tierras ó corrales del río grande de Nueva Bija. Para pormenores en la Administración de La Ocenaria España.

Un libro precioso. Breves meditaciones sobre los misterios del Santísimo Rosario, escritas en francés por el P. Monsabré, y puestas en castellano por el R. P. Fr. Jenaro Buitrago.

Molinos

de vapor para el beneficio de caña dulce. Máquinas y calderas de vapor. Alambiques para la destilación de alcohol.

En Comision. Por \$ 150 un carruaje victoria carenado á la moderna en la calle de San Pedro accesoria núm. 25. 1

TABACO RAMA Isabela del 83 y 84 y Abra. Se vende General Solano 28. 1

¡Aceitunas! ¡Aceitunas! ¡Aceitunas! ¡GRANDE ECONOMIA! á seis reales barril grande, Manzaniella y Reina.

La Castellana. ESCOLTA Y SAN FERNANDO. Se venden solar y para edificación situadas en la cañada de Iria, San y basian: dará razon S. m. p. (d. x.) núm. 10 4º.

MUSICA baratísima y de toda clase, se vende en la calle Guadalupe núm. 10 en Quiapo.

PUERTO SAID. 16-Escolta-16. En este establecimiento hallarán siempre cuantas personas quieran fabricar, GUARNICIONES hechas, desde las más lujosas á las más corrientes...

Se venden muy baratas rez carromatas con siete caballos. En San Marcelino 84, pueden verse de doce á dos de todos los días.

MARTIN DE HARO Drama en tres actos y en verso, original de D. Atanasio Rodríguez Marti; se vende en la Administración de este periódico á CUATRO REALES ejemplar.

Cajas refrigeratorias, se vende en la fábrica de hielo Barraca 21

TABACO RAMA Cagayan é Isabela de 1884 aforado convenientemente. Se vende en la General Solano 46. jdh

FOLLETO sobre el cólera morbo asiático. por el Licenciado Pedro Ochoa y Gonzalez. Amigo, vende en las principales farmacias de este periódico.

LA PUERTA DEL SOL. BAZARES MANILA é ILOILO. Acaban de desempacar: Re'ojos de bolsillo nickel casi regalados. Id. id. id. con fechas, id. id.

VESTIDOS para señoras de co feccion y gusto delicadísimo, que recomendamos como de ocasión por Baratísimo. Gran barato de Lámparas de 1 á 12 lucos.

Const nte surtido de Figuras artísticas en bronce y en barro, variado y bonito surtido de artículos para tocador y sobre consolas, é infinidad de artículos de Fantasía propios par hacer regalos.

También se están desempacando infinidad de Juguetes, entre los que hay algunos muy bonitos y caprichosos. Gran surtido de pelotas y muñecas, carruajitos para niños, caballitos etc. etc. etc.

LA INDUSTRIAL

Hoy hemos concluido de desempacar: UNA COLECCION completa de riquísimos marcos dorados para cuadros desde las dimensiones 50x38 á 100x80 cm. ELEGANTES cinturones para señora con hebillas á cual más caprichosas y elegantes.

COLLARES Y CADENAS para perros en un interminable surtido de dibujos y formas. CAPOTITAS Y GORRITOS en raso blanco y otros colores para bebés. Las hay lindísimas.

CORSES con y sin faja para señoras hasta para el talle 92 cm. ZAPATOS Y ZAPATILLAS en cuero, charol, lona y cabritilla para caballeros y niños.

LACRE Y OBLEAS de todas clases HILO para hacer media y crochet. NECESERES de viaje para señora con alhajero de lo más moderno y elegante que se conoce en París y Berlin.

BOTITOS para niños pequeños. RAMOS DE FLORES artificiales. LAMPARAS de aceite para oficinas. GUEVARA HERMANOS.

LA BARCELONESA 10-Escolta-10 MANILA. Batañura de calzado de Europa. Botitos y zapatitas para caballeros á 2 pesos par.

ENFERMEDADES DEL PECHO JARABE DE HIPOFOSFITO DE CAL de GRIMAULT y C. Paris. Este Jarabe es el más conocido el más antiguo y el que produce los resultados más rápidos y satisfactorios.

EL REY DE LOS PERFUMOS Verdadero YLANGYLANG de MANILA de RIGAUD y C. MEDALLA DE PLATA EN LA EXPOSICION DE 1878. El Ylang-ylang (Ylang-ylang) que los naturales de Manila llaman la Flor de las Flores, posee el perfume más delicado y exquisito que se conoce...

ALIVIADA Y CURADA POR MEDIO DE LOS CIGARRILLOS INDIOS de GRIMAULT y C. Paris. Este nuevo medicamento es de una aplicación excelente para combatir las afecciones de las vías respiratorias. Basta aspirar el humo de los Cigarrillos indios para hacer desaparecer por completo los más violentos accesos.

LAPICERS ANTI-JAQUECA LEGITIMOS DE LOISE. Curan radicalmente las jaquecas por fuertes é inveteradas que sean y demás dolores de cabeza, dolores reumáticos y de muelas. También se ha probado en este país que calman los dolores de estómago frotando el lápiz por delante del sitio donde se siente el dolor.

Mata-lombrices del Dr. Ferrer. Remedio seguro contra toda clase de lombrices, especialmente de los niños. BOTICA DE S. SEBASTIAN DE D. EVARISTO PUIGDOLLERS, MANILA.

Hojas de servicios Fees de vida. PARA EMPLEADOS. Se venden en la Administración de La Ocenaria Española, Real 39. Se venden en esta imprenta á cuatro cuartos.

Bazar Filipino.

Artículos de quincea en ceraduras para aparatos, para puertas, para cañon, para pupa y para bañal. Candeleros de cobre y de hierro ordinarios y de patente. Tiradores de loza para puertas y para cajon.

COLLARES Y CADENAS para perros en un interminable surtido de dibujos y formas. CAPOTITAS Y GORRITOS en raso blanco y otros colores para bebés. Las hay lindísimas.

CORSES con y sin faja para señoras hasta para el talle 92 cm. ZAPATOS Y ZAPATILLAS en cuero, charol, lona y cabritilla para caballeros y niños.

LACRE Y OBLEAS de todas clases HILO para hacer media y crochet. NECESERES de viaje para señora con alhajero de lo más moderno y elegante que se conoce en París y Berlin.

BOTITOS para niños pequeños. RAMOS DE FLORES artificiales. LAMPARAS de aceite para oficinas. GUEVARA HERMANOS.

LA BARCELONESA 10-Escolta-10 MANILA. Batañura de calzado de Europa. Botitos y zapatitas para caballeros á 2 pesos par.

ENFERMEDADES DEL PECHO JARABE DE HIPOFOSFITO DE CAL de GRIMAULT y C. Paris. Este Jarabe es el más conocido el más antiguo y el que produce los resultados más rápidos y satisfactorios.

EL REY DE LOS PERFUMOS Verdadero YLANGYLANG de MANILA de RIGAUD y C. MEDALLA DE PLATA EN LA EXPOSICION DE 1878. El Ylang-ylang (Ylang-ylang) que los naturales de Manila llaman la Flor de las Flores, posee el perfume más delicado y exquisito que se conoce...

ALIVIADA Y CURADA POR MEDIO DE LOS CIGARRILLOS INDIOS de GRIMAULT y C. Paris. Este nuevo medicamento es de una aplicación excelente para combatir las afecciones de las vías respiratorias. Basta aspirar el humo de los Cigarrillos indios para hacer desaparecer por completo los más violentos accesos.

LAPICERS ANTI-JAQUECA LEGITIMOS DE LOISE. Curan radicalmente las jaquecas por fuertes é inveteradas que sean y demás dolores de cabeza, dolores reumáticos y de muelas. También se ha probado en este país que calman los dolores de estómago frotando el lápiz por delante del sitio donde se siente el dolor.

Mata-lombrices del Dr. Ferrer. Remedio seguro contra toda clase de lombrices, especialmente de los niños. BOTICA DE S. SEBASTIAN DE D. EVARISTO PUIGDOLLERS, MANILA.

Hojas de servicios Fees de vida. PARA EMPLEADOS. Se venden en la Administración de La Ocenaria Española, Real 39. Se venden en esta imprenta á cuatro cuartos.

Teatro Filipino. COMPANIA DE ZARZUELA DIRIGIDA POR D. Alejandro Cubero. Funcion para el domingo 20 de Setiembre á las nueve en punto (¡¡AUNQUE LLUEVA A MARESÍ!!) PROGRAMA.

¡Pobre gloria! 3.º Estreno, en esta Capilla, de la zarzuela en un acto, representada con gran éxito en el Teatro del P. de los Padres de Madrid, titulada: La herencia de mi tio original de don Ignacio Garces y Oliván, música del maestro Joaquín Viaña.

Dar la castaña. Precios de las localidades. Palcos principales... 4 pesos. Id. plateas 4 asientos... 3 pesos. Butacas... 2 pesos. Id. militares... 1 peso. Entrada general... 50 cent.

PROGRAMA. 1.º Sinfonía. 2.º La zarzuela en un acto

EL PAIS ASTURIANO

(De El Liberal.)

Es verdad. Ser un país de verano es hoy una ganga, y Asturias, con sus fábricas, sus baños, sus monasterios, sus abadías, sus puertos, sus ruinas, sus mansos rios y sus deliciosos valles podría rivalizar en cierto modo con la Suiza de los prodigiosos puntos de vista y de las inagotables distracciones.

Cuando se habla de los encantos y atractivos que Asturias tiene, sin desconocer que hay en Galicia valles más extensos, y que las Vascongadas ofrecen mayores comodidades al viajero que las visitas, todo el mundo conviene en que ni en la variedad maravillosa de los paisajes, ni en los motivos de expediciones que nos presenta á cada paso, puede competir provincia alguna española con la de Asturias, que tiene por capital Oviedo y está llena de recuerdos históricos.

Allí pueden verse el famoso santuario de Covadonga, los restos de la arquitectura románica de San Miguel de Lillo y de Santa María de Naranco, las magníficas fundiciones de la Felguera y de Mieres, las fábricas de zinc, de Arnao; de vidrio, de Gijón; de fusiles, de Oviedo, y de cañones, de Trubia; las playas de Candas, Luanco y Rivadesella; las intrincadas asperezas de Cabrales, y la alegre costa de Llanes, cuajada de caseríos y de magnolías.

Recordemos el cantar:
Lo mejor del mundo, Europa;
Lo mejor de Europa, España;
Lo mejor de España, Asturias;
Lo mejor de Asturias, Pravia.

No es Asturias, como cierto vulgo ignorante puede creer, un país grotesco. Es sencillamente un país hermoso.

Oviedo, la capital de la provincia, la ciudad de los obispos, está situada á 226 metros sobre el nivel del mar, en una suave elevación y en medio de un pinetoso y dilatado valle que el monte Naranco limita por el Norte y Noroeste; y que una serie de colinas circunda en forma de verdadero anfiteatro.

Es el pueblo de España donde llueve más. Hace dos años, durante las fiestas de San Mateo, llovió tanto, que el Municipio, en vista del estado de algunos paseos, pensó celebrar regatas en ellos, como las que hay en el puerto de Gijón por la Virgen de Begoña. Abundan las tiendas con estos títulos harto expresivos: El Diluvio y El Arca de Noé.

Oviedo, por sus ricos tesoros históricos, por sus alrededores pintorescos y hermosos, por su temperatura agradable y por la amabilidad caballeresca de sus hijos, ofrece al viajero inabarcables distracciones y encantos. La catedral, la Universidad y la Audiencia tienen mucho que ver y mucho que admirar.

El movimiento de Oviedo está reconcentrado en las calles de la Rua, Cima-devilla, plaza de la Constitución, calle de la Magdalena y el Fontan, las más céntricas, y en las cuales se hallan establecidas las mejores tiendas, almacenes y talleres. Las edificaciones modernas tienden á extenderse hacia el Campo de San Francisco y la estación del ferro-carril. En la primera dirección está abierta la magnífica calle de Campomanes, que se asemeja á la nuestra de Serrano; en la segunda la calle de Uría, poblado de bonitos hoteles.

Oviedo es una de las poblaciones más cultas de España. En su Universidad se reúnen muchos jóvenes catedráticos de excepcional mérito, que están llamados á dar días de gloria á nuestro país. En su Casino no es raro ver puestos á cada momento en tela de juicio y motivando notables improvisaciones los problemas sociales que más animación dan á nuestros debates ateneísticos.

Oviedo tiene muchos cafés y un paseo hermoso: el de San Francisco.
Cimadevilla es como la Puerta del Sol de Oviedo.
Un sitio donde los ovetenses hacen tiempo.
Allí hay que ponerse para ver bien Vetusta, la ciudad donde ha vivido y acaso vive La Regenta, de Leopoldo Alas.

Gijón es la perla de Asturias, un pueblo industrial y marino, una ciudad completamente moderna que debía librarse de su historia, á conseguir ver realizadas todas sus aspiraciones de grandeza. Gijón tiene dos grandes playas ó golfos; la de Oriente, de San Lorenzo, cuya costa es de unos tres kilómetros, y la de Poniente, de siete de recorrido, en que se ven la playa de Pando desde la base de Santa Catalina, con los puertos viejo y nuevo; la punta y vuelta de Coruña, y la de Orreo y Musel, hasta el cabo de Torres.

Sobre el muelle viejo armado á Gijón y donde anclan la mayor parte de los buques de poca capacidad, arranca la muralla de los cargaderos ó drops del ferro-carril de las minas de Langreo, y en el muelle nuevo ó de Llanerías atracan los grandes buques.

Entran y salen en este puerto anualmente unos 2.100 buques de cabotaje que representan más de 300.000 toneladas métricas con 20.000 tripulantes y unos 150 buques de carrera exterior, que hacen 18.000 toneladas con 3.000 tripulantes. Gijón tiene 59 escuelas de primera enseñanza en las que se educan 5.000 niños. El Municipio de Gijón destina á la enseñanza el 22 por 100 de su presupuesto de gastos.

Si vale mucho la villa en sí—dice el Sr. Becerro de Bengoa en su interesante libro De Palencia á Oviedo y Gijón,—cuánto no valen sus admirables alrededores? ¿Quién no ha oído ponderar las quintas y las posesiones campestres de Somio, de Cabrañas, de Llanes, de Tromañas, y de Jova? En estos bellísimos parajes, á la vista del mar, hay magníficos puntos de retiro, de descanso y de recreo, con espléndida vegetación, con elegantes edificios, con ricos regatos de mar y tierra y en los que no falta nunca afectuosa y solícita hospitalidad. Las giras, expediciones y romerías que en ellos se verifican, dejan inolvidables y gratísimos recuerdos.

En Gijón hay ahora, según nos dicen, una compañía de ópera.
No sabemos cual es, pero creemos que no la necesita.
Porque Gijón no tiene motivos para poner el grito en el cielo.

Ya en Oviedo pocos resisten á la tentación de visitar á Avilés. En efecto. Estar en Asturias y no ver á Avilés es impardonable. No sabemos quien ha dicho que Covadonga es el pasado de Asturias. Avilés puede muy bien ser el porvenir.

El viaje de Oviedo á Avilés en día de mercado es una verdadera romería. Los aldeanos visten caprichosos trajes y van armados de paraguas como los que emplean para dar serenata á Beatrice los tres maridos del Boccaccio. Las mujeres llevan á la cabeza gorras, grandes cestas repletas de artículos que pagan derechos de consumo: los hombres la tradicional mont-rá ó el enorme sombrero redondo de anchas alas. Pocos son los que no van seguidos de una vaca. Un asturiano sin vaca es como un cazador sin perro.

Avilés tiene una iglesia parroquial donde los arqueólogos encuentran lo poco que aprender y los aficionados á la arquitectura tienen mucho que admirar, un Casino y un Liceo que rivalizan en ofrecer bailes y distracciones; un bonito paseo con estatuas de bronce; una anchura, y un puerto tan hermoso ó limpio como si fuera el de un estingue en una quinta de recreo.

Todo esto, la baratura de las fondas y hospederías, la proximidad de la playa de Salinas á un cuarto de hora del pueblo avilesino, las cercanías llenas de verdes montañas y blancos caseríos, hacen de Avilés una residencia de recreo inmejorable.

Además de la Trubia, hay en la provincia de Oviedo dos fábricas de fundición de hierro de gran importancia: la de Mieres, en la línea de Puente los Fierros á Oviedo, á media hora de este puerto, y la de la Felguera, en el término municipal de Sama de Langreo. A la primera, de que es propietario el señor Guilhou, se va en ferro-carril; á la segunda, de los Sres. Duro y Compañía, puede irse de dos maneras: en coche por la carretera de Laviana ó en coche hasta el Barrón y en ferro-carril desde este punto hasta el apedero de la Vega, vecino á la fábrica.

Las dos fábricas—que deben ser visitadas por cuantos viajan por Asturias—ocupan una gran extensión de terreno, dan trabajo á numerosas familias, están montadas con arreglo á los últimos adelantos de la maquinaria, y proporcionan á sus dueños ganancias muy considerables. Los operarios ocupados en cada una de ellas, no bajarán de 2.000. Casi todos saben leer y descansen del rudo trabajo leyendo periódicos.

La disposición de la fábrica de Mieres y la de la Felguera, es muy semejante. Los trabajos en que se ocupan, los mismos. Fundición de hierro en grandes piezas, en cajas, en barras, etc., etc. Hay talleres de maquinaria y de laminación, y de grandes almacenes de depósito. La producción es muy considerable.

Recorriendo los talleres se asiste á un espectáculo sorprendente. Los vivos relámpagos del hierro al salir del fuego deslumbran, y bajo los martillos salen ráfagas de chispas, formando rayos en todas direcciones al nivel de los yunques. El polvo del carbon lo cubre todo con una especie de neblina negra. Los obreros á-jin ven los brazos y el pelo ennegrecidos por el humo.

Las sombras de ellos parece que danzan y se agitan en medio de la intermitente claridad que producen las llamas de los hornos. Su trabajo es penoso y terriblo. De noche, los montones de carbon que se apagan al aire libre, parecen los escorbos humeantes de un gran incendio... En la Felguera, en un cuartito contiguo á la capilla, está enterrada una hija del dueño de la fundición. Este cuartito está lleno de flores todo el año.

Un poema abrogado por el ruido atrozador de una máquina.
La última nota acerca del país asturiano.
De las mujeres de Asturias, puede decirse lo mismo que de la señora Frasquita, la molinera de El Sombrero de tres picos.
¡Lo que es como guapas, son guapas!
MIGUEL MOYA.

casas, donde se bebía, se baila y se canta con esa proverbial soltura que tanto distingue á la mujer madrileña.
Más allá un grupo que contempla otro baile en la habitación de un cuarto bajo, donde horteras y modistas danzan y se divierten, entrelazados y sudorosos, á los compases de un piano de manubrio.
Por la calle, entre las dos hileras de puestos de rosquillas, y avellanas tiernas, y buñuelos, y quincalla, bandadas de muchachos cogidos de las manos que corren atropellando al transeúnte y ensoberbiéndose con sus agudos chillidos; y entre esta vocinglería y esta tempestad humana, la vecindaria procesion de los papás con su pareja delante que, en voz baja y con el labio rozando la diminuta oreja, van, fuera de toda realidad, columpiándose dulcemente en los halagadores sueños de su dorado porvenir.

Ya estaba decidido á retirarme, pues me había malquistado con cuantos amantes y maridos se hallaban en la verbena, cuando al llegar al extremo de la calle en que me encontraba, me acerqué á un baile que acababa de improvisarse.
Entre las muchas mujeres que allí había, una descollaba por su incomparable hermosura.
Tanto me acerqué que, bien porque me creyesen de la reunión, bien por mera galantería, me dieron una silla y me senté. Pero me senté á su lado.
A los pocos instantes fijó sus grandes ojos en mí, y hasta creo que me sonrió.
Cediendo al impulso de mi alma, exclamé in mente: ¡Es ella, sí, es ella; y dando suelta á mi afán poético, dije:
Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

En esto comenzaron los preludios de la guitarra para dar comienzo á una petersena.
—¡Qué cante La Hermosa!—dijo una voz.
—¡Sí, que cante, que cante!—repetieron varias.
La Hermosa, que no era otra que la que se hallaba á mi lado, bajó la cabeza, vivamente emocionada.
Os la presentaré tal como era.

De pronto la irguió como arrojando un enojoso pensamiento, y sin preparación, sin perdulio, como avalancha que todo lo invade, cantó lo siguiente:
A mí me llaman la hermosa
Porque mis ojos son negros;
Y es que visten de luto
Por un querer que se ha muerto.
Tal efecto causó en mi alma este cantar, que ella se vió precisada á fijarse en mí.
—¡Le gusta á Vd. el cantar?—me preguntó.
—Soy apasionado por todo lo bello, mucho más, cuando parte de quien, como usted, representa todas las ilusiones que puede soñar el humano pensamiento.

—¡Ay!—Suspiró dolientemente, y me envolvió en una mirada.
Después cantó, sin apartar de mí sus ojos:
Los ojitos de mi cara
Tienen los cristales muertos;
Se han metido en el querer,
No saben lo que se han hecho.
De pronto, como inspirada de un secreto pensamiento, lanzó al aire la siguiente copla, con más brío, con más fuego que ninguna de las anteriores:
Tengo aquí dentro del pecho
Un entuerto bien formado;
Tengo muerto el corazón,
El tuyo me lo ha matado.

Y apenas hubo terminado cayó desplomada al suelo.
Cuando se calmó la sorpresa del primer momento y apareció el médico, su cuerpo era cadáver.
Lo que pasó por mí no puedo decirlo. Mucho tiempo después me encontré en mi casa completamente transfigurado. Mi caballo había casi desaparecido. Y desde entonces:
Pesar como el mio
Ya no lo conozco;
Entre las gentes no digo palabra,
¡Y hablo si estoy solo!

Las penas que se cantan
Son las penas más grandes;
Porque se pasan llorando
Y las lágrimas no salen.
Oír tal revelación, forjarle allá en los inacabables horizontes de mi mente el dolor inmenso en que se hallaría sumergido el corazón de aquella hermosa ondina, y sentirme arrastrado hacia ella por ese imán que tan insensiblemente atrae á las almas, fué obra de ménos tiempo que el invertido en relatarla.

Sin saber lo que me hacía, exclamé con Camoens:
Si tantas como tú tienes cabellos
Tuviera vidas yo, te las llevaras
Prendida cada cual del uno de ellos...
Después no volvió á cantar; y comprendiendo que allí nada me restaba, me encaminé á mi casa, á la que llegué sin saber por donde ni de qué manera.

Era el día en que en el barrio se celebra la verbena de San Lorenzo, y me encaminé hacia allí dispuesto á no cejar hasta que pudiese contemplarla y conocerla.
La animación y el bullicio semi-salvajado que domina en todas partes, en semejante día, es indescriptible.
Aquí un corro á la puerta de una

casa, donde se bebía, se baila y se canta con esa proverbial soltura que tanto distingue á la mujer madrileña.
Más allá un grupo que contempla otro baile en la habitación de un cuarto bajo, donde horteras y modistas danzan y se divierten, entrelazados y sudorosos, á los compases de un piano de manubrio.
Por la calle, entre las dos hileras de puestos de rosquillas, y avellanas tiernas, y buñuelos, y quincalla, bandadas de muchachos cogidos de las manos que corren atropellando al transeúnte y ensoberbiéndose con sus agudos chillidos; y entre esta vocinglería y esta tempestad humana, la vecindaria procesion de los papás con su pareja delante que, en voz baja y con el labio rozando la diminuta oreja, van, fuera de toda realidad, columpiándose dulcemente en los halagadores sueños de su dorado porvenir.

Ya estaba decidido á retirarme, pues me había malquistado con cuantos amantes y maridos se hallaban en la verbena, cuando al llegar al extremo de la calle en que me encontraba, me acerqué á un baile que acababa de improvisarse.
Entre las muchas mujeres que allí había, una descollaba por su incomparable hermosura.
Tanto me acerqué que, bien porque me creyesen de la reunión, bien por mera galantería, me dieron una silla y me senté. Pero me senté á su lado.
A los pocos instantes fijó sus grandes ojos en mí, y hasta creo que me sonrió.
Cediendo al impulso de mi alma, exclamé in mente: ¡Es ella, sí, es ella; y dando suelta á mi afán poético, dije:
Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

En esto comenzaron los preludios de la guitarra para dar comienzo á una petersena.
—¡Qué cante La Hermosa!—dijo una voz.
—¡Sí, que cante, que cante!—repetieron varias.
La Hermosa, que no era otra que la que se hallaba á mi lado, bajó la cabeza, vivamente emocionada.
Os la presentaré tal como era.

De pronto la irguió como arrojando un enojoso pensamiento, y sin preparación, sin perdulio, como avalancha que todo lo invade, cantó lo siguiente:
A mí me llaman la hermosa
Porque mis ojos son negros;
Y es que visten de luto
Por un querer que se ha muerto.
Tal efecto causó en mi alma este cantar, que ella se vió precisada á fijarse en mí.
—¡Le gusta á Vd. el cantar?—me preguntó.
—Soy apasionado por todo lo bello, mucho más, cuando parte de quien, como usted, representa todas las ilusiones que puede soñar el humano pensamiento.

—¡Ay!—Suspiró dolientemente, y me envolvió en una mirada.
Después cantó, sin apartar de mí sus ojos:
Los ojitos de mi cara
Tienen los cristales muertos;
Se han metido en el querer,
No saben lo que se han hecho.
De pronto, como inspirada de un secreto pensamiento, lanzó al aire la siguiente copla, con más brío, con más fuego que ninguna de las anteriores:
Tengo aquí dentro del pecho
Un entuerto bien formado;
Tengo muerto el corazón,
El tuyo me lo ha matado.

Y apenas hubo terminado cayó desplomada al suelo.
Cuando se calmó la sorpresa del primer momento y apareció el médico, su cuerpo era cadáver.
Lo que pasó por mí no puedo decirlo. Mucho tiempo después me encontré en mi casa completamente transfigurado. Mi caballo había casi desaparecido. Y desde entonces:
Pesar como el mio
Ya no lo conozco;
Entre las gentes no digo palabra,
¡Y hablo si estoy solo!

Las penas que se cantan
Son las penas más grandes;
Porque se pasan llorando
Y las lágrimas no salen.
Oír tal revelación, forjarle allá en los inacabables horizontes de mi mente el dolor inmenso en que se hallaría sumergido el corazón de aquella hermosa ondina, y sentirme arrastrado hacia ella por ese imán que tan insensiblemente atrae á las almas, fué obra de ménos tiempo que el invertido en relatarla.

Sin saber lo que me hacía, exclamé con Camoens:
Si tantas como tú tienes cabellos
Tuviera vidas yo, te las llevaras
Prendida cada cual del uno de ellos...
Después no volvió á cantar; y comprendiendo que allí nada me restaba, me encaminé á mi casa, á la que llegué sin saber por donde ni de qué manera.

Era el día en que en el barrio se celebra la verbena de San Lorenzo, y me encaminé hacia allí dispuesto á no cejar hasta que pudiese contemplarla y conocerla.
La animación y el bullicio semi-salvajado que domina en todas partes, en semejante día, es indescriptible.
Aquí un corro á la puerta de una

casas, donde se bebía, se baila y se canta con esa proverbial soltura que tanto distingue á la mujer madrileña.
Más allá un grupo que contempla otro baile en la habitación de un cuarto bajo, donde horteras y modistas danzan y se divierten, entrelazados y sudorosos, á los compases de un piano de manubrio.
Por la calle, entre las dos hileras de puestos de rosquillas, y avellanas tiernas, y buñuelos, y quincalla, bandadas de muchachos cogidos de las manos que corren atropellando al transeúnte y ensoberbiéndose con sus agudos chillidos; y entre esta vocinglería y esta tempestad humana, la vecindaria procesion de los papás con su pareja delante que, en voz baja y con el labio rozando la diminuta oreja, van, fuera de toda realidad, columpiándose dulcemente en los halagadores sueños de su dorado porvenir.

Ya estaba decidido á retirarme, pues me había malquistado con cuantos amantes y maridos se hallaban en la verbena, cuando al llegar al extremo de la calle en que me encontraba, me acerqué á un baile que acababa de improvisarse.
Entre las muchas mujeres que allí había, una descollaba por su incomparable hermosura.
Tanto me acerqué que, bien porque me creyesen de la reunión, bien por mera galantería, me dieron una silla y me senté. Pero me senté á su lado.
A los pocos instantes fijó sus grandes ojos en mí, y hasta creo que me sonrió.
Cediendo al impulso de mi alma, exclamé in mente: ¡Es ella, sí, es ella; y dando suelta á mi afán poético, dije:
Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

En esto comenzaron los preludios de la guitarra para dar comienzo á una petersena.
—¡Qué cante La Hermosa!—dijo una voz.
—¡Sí, que cante, que cante!—repetieron varias.
La Hermosa, que no era otra que la que se hallaba á mi lado, bajó la cabeza, vivamente emocionada.
Os la presentaré tal como era.

De pronto la irguió como arrojando un enojoso pensamiento, y sin preparación, sin perdulio, como avalancha que todo lo invade, cantó lo siguiente:
A mí me llaman la hermosa
Porque mis ojos son negros;
Y es que visten de luto
Por un querer que se ha muerto.
Tal efecto causó en mi alma este cantar, que ella se vió precisada á fijarse en mí.
—¡Le gusta á Vd. el cantar?—me preguntó.
—Soy apasionado por todo lo bello, mucho más, cuando parte de quien, como usted, representa todas las ilusiones que puede soñar el humano pensamiento.

—¡Ay!—Suspiró dolientemente, y me envolvió en una mirada.
Después cantó, sin apartar de mí sus ojos:
Los ojitos de mi cara
Tienen los cristales muertos;
Se han metido en el querer,
No saben lo que se han hecho.
De pronto, como inspirada de un secreto pensamiento, lanzó al aire la siguiente copla, con más brío, con más fuego que ninguna de las anteriores:
Tengo aquí dentro del pecho
Un entuerto bien formado;
Tengo muerto el corazón,
El tuyo me lo ha matado.

Y apenas hubo terminado cayó desplomada al suelo.
Cuando se calmó la sorpresa del primer momento y apareció el médico, su cuerpo era cadáver.
Lo que pasó por mí no puedo decirlo. Mucho tiempo después me encontré en mi casa completamente transfigurado. Mi caballo había casi desaparecido. Y desde entonces:
Pesar como el mio
Ya no lo conozco;
Entre las gentes no digo palabra,
¡Y hablo si estoy solo!

Las penas que se cantan
Son las penas más grandes;
Porque se pasan llorando
Y las lágrimas no salen.
Oír tal revelación, forjarle allá en los inacabables horizontes de mi mente el dolor inmenso en que se hallaría sumergido el corazón de aquella hermosa ondina, y sentirme arrastrado hacia ella por ese imán que tan insensiblemente atrae á las almas, fué obra de ménos tiempo que el invertido en relatarla.

Sin saber lo que me hacía, exclamé con Camoens:
Si tantas como tú tienes cabellos
Tuviera vidas yo, te las llevaras
Prendida cada cual del uno de ellos...
Después no volvió á cantar; y comprendiendo que allí nada me restaba, me encaminé á mi casa, á la que llegué sin saber por donde ni de qué manera.

Era el día en que en el barrio se celebra la verbena de San Lorenzo, y me encaminé hacia allí dispuesto á no cejar hasta que pudiese contemplarla y conocerla.
La animación y el bullicio semi-salvajado que domina en todas partes, en semejante día, es indescriptible.
Aquí un corro á la puerta de una

casas, donde se bebía, se baila y se canta con esa proverbial soltura que tanto distingue á la mujer madrileña.
Más allá un grupo que contempla otro baile en la habitación de un cuarto bajo, donde horteras y modistas danzan y se divierten, entrelazados y sudorosos, á los compases de un piano de manubrio.
Por la calle, entre las dos hileras de puestos de rosquillas, y avellanas tiernas, y buñuelos, y quincalla, bandadas de muchachos cogidos de las manos que corren atropellando al transeúnte y ensoberbiéndose con sus agudos chillidos; y entre esta vocinglería y esta tempestad humana, la vecindaria procesion de los papás con su pareja delante que, en voz baja y con el labio rozando la diminuta oreja, van, fuera de toda realidad, columpiándose dulcemente en los halagadores sueños de su dorado porvenir.

Ya estaba decidido á retirarme, pues me había malquistado con cuantos amantes y maridos se hallaban en la verbena, cuando al llegar al extremo de la calle en que me encontraba, me acerqué á un baile que acababa de improvisarse.
Entre las muchas mujeres que allí había, una descollaba por su incomparable hermosura.
Tanto me acerqué que, bien porque me creyesen de la reunión, bien por mera galantería, me dieron una silla y me senté. Pero me senté á su lado.
A los pocos instantes fijó sus grandes ojos en mí, y hasta creo que me sonrió.
Cediendo al impulso de mi alma, exclamé in mente: ¡Es ella, sí, es ella; y dando suelta á mi afán poético, dije:
Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

En esto comenzaron los preludios de la guitarra para dar comienzo á una petersena.
—¡Qué cante La Hermosa!—dijo una voz.
—¡Sí, que cante, que cante!—repetieron varias.
La Hermosa, que no era otra que la que se hallaba á mi lado, bajó la cabeza, vivamente emocionada.
Os la presentaré tal como era.

De pronto la irguió como arrojando un enojoso pensamiento, y sin preparación, sin perdulio, como avalancha que todo lo invade, cantó lo siguiente:
A mí me llaman la hermosa
Porque mis ojos son negros;
Y es que visten de luto
Por un querer que se ha muerto.
Tal efecto causó en mi alma este cantar, que ella se vió precisada á fijarse en mí.
—¡Le gusta á Vd. el cantar?—me preguntó.
—Soy apasionado por todo lo bello, mucho más, cuando parte de quien, como usted, representa todas las ilusiones que puede soñar el humano pensamiento.

—¡Ay!—Suspiró dolientemente, y me envolvió en una mirada.
Después cantó, sin apartar de mí sus ojos:
Los ojitos de mi cara
Tienen los cristales muertos;
Se han metido en el querer,
No saben lo que se han hecho.
De pronto, como inspirada de un secreto pensamiento, lanzó al aire la siguiente copla, con más brío, con más fuego que ninguna de las anteriores:
Tengo aquí dentro del pecho
Un entuerto bien formado;
Tengo muerto el corazón,
El tuyo me lo ha matado.

Y apenas hubo terminado cayó desplomada al suelo.
Cuando se calmó la sorpresa del primer momento y apareció el médico, su cuerpo era cadáver.
Lo que pasó por mí no puedo decirlo. Mucho tiempo después me encontré en mi casa completamente transfigurado. Mi caballo había casi desaparecido. Y desde entonces:
Pesar como el mio
Ya no lo conozco;
Entre las gentes no digo palabra,
¡Y hablo si estoy solo!

Las penas que se cantan
Son las penas más grandes;
Porque se pasan llorando
Y las lágrimas no salen.
Oír tal revelación, forjarle allá en los inacabables horizontes de mi mente el dolor inmenso en que se hallaría sumergido el corazón de aquella hermosa ondina, y sentirme arrastrado hacia ella por ese imán que tan insensiblemente atrae á las almas, fué obra de ménos tiempo que el invertido en relatarla.

Sin saber lo que me hacía, exclamé con Camoens:
Si tantas como tú tienes cabellos
Tuviera vidas yo, te las llevaras
Prendida cada cual del uno de ellos...
Después no volvió á cantar; y comprendiendo que allí nada me restaba, me encaminé á mi casa, á la que llegué sin saber por donde ni de qué manera.

Era el día en que en el barrio se celebra la verbena de San Lorenzo, y me encaminé hacia allí dispuesto á no cejar hasta que pudiese contemplarla y conocerla.
La animación y el bullicio semi-salvajado que domina en todas partes, en semejante día, es indescriptible.
Aquí un corro á la puerta de una

casas, donde se bebía, se baila y se canta con esa proverbial soltura que tanto distingue á la mujer madrileña.
Más allá un grupo que contempla otro baile en la habitación de un cuarto bajo, donde horteras y modistas danzan y se divierten, entrelazados y sudorosos, á los compases de un piano de manubrio.
Por la calle, entre las dos hileras de puestos de rosquillas, y avellanas tiernas, y buñuelos, y quincalla, bandadas de muchachos cogidos de las manos que corren atropellando al transeúnte y ensoberbiéndose con sus agudos chillidos; y entre esta vocinglería y esta tempestad humana, la vecindaria procesion de los papás con su pareja delante que, en voz baja y con el labio rozando la diminuta oreja, van, fuera de toda realidad, columpiándose dulcemente en los halagadores sueños de su dorado porvenir.

Ya estaba decidido á retirarme, pues me había malquistado con cuantos amantes y maridos se hallaban en la verbena, cuando al llegar al extremo de la calle en que me encontraba, me acerqué á un baile que acababa de improvisarse.
Entre las muchas mujeres que allí había, una descollaba por su incomparable hermosura.
Tanto me acerqué que, bien porque me creyesen de la reunión, bien por mera galantería, me dieron una silla y me senté. Pero me senté á su lado.
A los pocos instantes fijó sus grandes ojos en mí, y hasta creo que me sonrió.
Cediendo al impulso de mi alma, exclamé in mente: ¡Es ella, sí, es ella; y dando suelta á mi afán poético, dije:
Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

En esto comenzaron los preludios de la guitarra para dar comienzo á una petersena.
—¡Qué cante La Hermosa!—dijo una voz.
—¡Sí, que cante, que cante!—repetieron varias.
La Hermosa, que no era otra que la que se hallaba á mi lado, bajó la cabeza, vivamente emocionada.
Os la presentaré tal como era.

De pronto la irguió como arrojando un enojoso pensamiento, y sin preparación, sin perdulio, como avalancha que todo lo invade, cantó lo siguiente:
A mí me llaman la hermosa
Porque mis ojos son negros;
Y es que visten de luto
Por un querer que se ha muerto.
Tal efecto causó en mi alma este cantar, que ella se vió precisada á fijarse en mí.
—¡Le gusta á Vd. el cantar?—me preguntó.
—Soy apasionado por todo lo bello, mucho más, cuando parte de quien, como usted, representa todas las ilusiones que puede soñar el humano pensamiento.

—¡Ay!—Suspiró dolientemente, y me envolvió en una mirada.
Después cantó, sin apartar de mí sus ojos:
Los ojitos de mi cara
Tienen los cristales muertos;
Se han metido en el querer,
No saben lo que se han hecho.
De pronto, como inspirada de un secreto pensamiento, lanzó al aire la siguiente copla, con más brío, con más fuego que ninguna de las anteriores:
Tengo aquí dentro del pecho
Un entuerto bien formado;
Tengo muerto el corazón,
El tuyo me lo ha matado.

Y apenas hubo terminado cayó desplomada al suelo.
Cuando se calmó la sorpresa del primer momento y apareció el médico, su cuerpo era cadáver.
Lo que pasó por mí no puedo decirlo. Mucho tiempo después me encontré en mi casa completamente transfigurado. Mi caballo había casi desaparecido. Y desde entonces:
Pesar como el mio
Ya no lo conozco;
Entre las gentes no digo palabra,
¡Y hablo si estoy solo!

Las penas que se cantan
Son las penas más grandes;
Porque se pasan llorando
Y las lágrimas no salen.
Oír tal revelación, forjarle allá en los inacabables horizontes de mi mente el dolor inmenso en que se hallaría sumergido el corazón de aquella hermosa ondina, y sentirme arrastrado hacia ella por ese imán que tan insensiblemente atrae á las almas, fué obra de ménos tiempo que el invertido en relatarla.

Sin saber lo que me hacía, exclamé con Camoens:
Si tantas como tú tienes cabellos
Tuviera vidas yo, te las llevaras
Prendida cada cual del uno de ellos...
Después no volvió á cantar; y comprendiendo que allí nada me restaba, me encaminé á mi casa, á la que llegué sin saber por donde ni de qué manera.

Era el día en que en el barrio se celebra la verbena de San Lorenzo, y me encaminé hacia allí dispuesto á no cejar hasta que pudiese contemplarla y conocerla.
La animación y el bullicio semi-salvajado que domina en todas partes, en semejante día, es indescriptible.
Aquí un corro á la puerta de una

casas, donde se bebía, se baila y se canta con esa proverbial soltura que tanto distingue á la mujer madrileña.
Más allá un grupo que contempla otro baile en la habitación de un cuarto bajo, donde horteras y modistas danzan y se divierten, entrelazados y sudorosos, á los compases de un piano de manubrio.
Por la calle, entre las dos hileras de puestos de rosquillas, y avellanas tiernas, y buñuelos, y quincalla, bandadas de muchachos cogidos de las manos que corren atropellando al transeúnte y ensoberbiéndose con sus agudos chillidos; y entre esta vocinglería y esta tempestad humana, la vecindaria procesion de los papás con su pareja delante que, en voz baja y con el labio rozando la diminuta oreja, van, fuera de toda realidad, columpiándose dulcemente en los halagadores sueños de su dorado porvenir.

Ya estaba decidido á retirarme, pues me había malquistado con cuantos amantes y maridos se hallaban en la verbena, cuando al llegar al extremo de la calle en que me encontraba, me acerqué á un baile que acababa de improvisarse.
Entre las muchas mujeres que allí había, una descollaba por su incomparable hermosura.
Tanto me acerqué que, bien porque me creyesen de la reunión, bien por mera galantería, me dieron una silla y me senté. Pero me senté á su lado.
A los pocos instantes fijó sus grandes ojos en mí, y hasta creo que me sonrió.
Cediendo al impulso de mi alma, exclamé in mente: ¡Es ella, sí, es ella; y dando suelta á mi afán poético, dije:
Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

En esto comenzaron los preludios de la guitarra para dar comienzo á una petersena.
—¡Qué cante La Hermosa!—dijo una voz.
—¡Sí, que cante, que cante!—repetieron varias.
La Hermosa, que no era otra que la que se hallaba á mi lado, bajó la cabeza, vivamente emocionada.
Os la presentaré tal como era.

De pronto la irguió como arrojando un enojoso pensamiento, y sin preparación, sin perdulio, como avalancha que todo lo invade, cantó lo siguiente:
A mí me llaman la hermosa
Porque mis ojos son negros;
Y es que visten de luto
Por un querer que se ha muerto.
Tal efecto causó en mi alma este cantar, que ella se vió precisada á fijarse en mí.
—¡Le gusta á Vd. el cantar?—me preguntó.
—Soy apasionado por todo lo bello, mucho más, cuando parte de quien, como usted, representa todas las ilusiones que puede soñar el humano pensamiento.

—¡Ay!—Suspiró dolientemente, y me envolvió en una mirada.
Después cantó, sin apartar de mí sus ojos:
Los ojitos de mi cara
Tienen los cristales muertos;
Se han metido en el querer,
No saben lo que se han hecho.
De pronto, como inspirada de un secreto pensamiento, lanzó al aire la siguiente copla, con más brío, con más fuego que ninguna de las anteriores:
Tengo aquí dentro del pecho
Un entuerto bien formado;
Tengo muerto el corazón,
El tuyo me lo ha matado.

Y apenas hubo terminado cayó desplomada al suelo.
Cuando se calmó la sorpresa del primer momento y apareció el médico, su cuerpo era cadáver.
Lo que pasó por mí no puedo decirlo. Mucho tiempo después me encontré en mi casa completamente transfigurado. Mi caballo había casi desaparecido. Y desde entonces:
Pesar como el mio
Ya no lo conozco;
Entre las gentes no digo palabra,
¡Y hablo si estoy solo!

Las penas que se cantan
Son las penas más grandes;
Porque se pasan llorando
Y las lágrimas no salen.
Oír tal revelación, forjarle allá en los inacabables horizontes de mi mente el dolor inmenso en que se hallaría sumergido el corazón de aquella hermosa ondina, y sentirme arrastrado hacia ella por ese imán que tan insensiblemente atrae á las almas, fué obra de ménos tiempo que el invertido en relatarla.

Sin saber lo que me hacía, exclamé con Camoens:
Si tantas como tú tienes cabellos
Tuviera vidas yo, te las llevaras
Prendida cada cual del uno de ellos...
Después no volvió á cantar; y comprendiendo que allí nada me restaba, me encaminé á mi casa, á la que llegué sin saber por donde ni de qué manera.

Era el día en que en el barrio se celebra la verbena de San Lorenzo, y me encaminé hacia allí dispuesto á no cejar hasta que pudiese contemplarla y conocerla.
La animación y el bullicio semi-salvajado que domina en todas partes, en semejante día, es indescriptible.
Aquí un corro á la puerta de una

probadamente nada, ni había estado en la cárcel, ni era de esperar que lo estuviese.
Sin embargo, apenas había robado en Madrid de alguna importancia, al cual no hubiese contribuido. Los ladrones de más reputación no se desdaban de consultar con él sus proyectos; con tanto más motivo, cuanto que todos los robos aprobados por él anticipadamente, quedaban impunes... De tal manera había previsto todos los inconvenientes y franqueado todas las salidas.

En el café solo escuchaba,

